

En camino hacia la esperanza: los gestos del encuentro



Mons. Giovanni Cesare Pagazzi*

El tema que el Santo Padre Francisco ha confiado al Jubileo que ahora nos espera es "Peregrinos de la esperanza". Me gustaría explicaros el significado -también educativo- de un gesto hecho por todos, al alcance de todos; un gesto cotidiano que, aunque se haga sin plena conciencia, está lleno de esperanza. Es un gesto que une a toda la humanidad, capaz de proporcionar la gramática y el vocabulario elementales para anunciar el Evangelio. Además, ésta es una de las estrategias a las que recurre con frecuencia el magisterio del Santo Padre Francisco y considero una de las semillas teológicas más prometedoras de su pontificado. Es un gesto tan cargado de significado que requiere el enfoque transdisciplinario que requiere la *Veritatis Gaudium*. Me refiero al gesto de saludo que se enseña y se aprende en la familia, desde el inicio de la vida.

Los saludos se reciben desde los primeros días de vida, cuando los padres - con indudable protagonismo de la madre - realizan el gesto inicial de cada saludo hacia el niño: mirar un rostro, acogerlo en su campo visual, reconocerlo como digno de atención. Ese saludo también los convierte en padres. Al observarlo más de cerca, la acción de los dos adultos es muy valiente, ya que miran a alguien que en ese momento no puede devolverle la mirada y por ende ni siquiera el saludo. Saludan a aquellos que seguramente no saludarán. El saludo le llega al niño desde fuera (de la madre y del padre), antes de que pueda desearlo e imaginarlo. Como Dios que viene de fuera, de arriba, fuera de nuestro alcance. Los primeros saludos de los padres son también las experiencias iniciales de trascendencia. La bienvenida de mamá y papá, generosa y aparentemente sin sentido, dura todo el primer mes de vida del bebé, al final del cual éste finalmente podrá volver a mirarlo. Lo mismo ocurre con otro elemento constitutivo de todo saludo: la sonrisa. De hecho, el padre y la madre sonríen continuamente al niño, aunque él no pueda corresponderles; y esto durante al menos dos meses. Gracias al valiente saludo inicial de los padres, el fuego pasa de una vela encendida a otra apagada, iniciando la combustión de un alma actualmente inerte, pero ya lista para encenderse. De hecho, devolviendo la mirada y la sonrisa, saludando a su vez, el niño pronuncia de forma gestual su primer "yo soy" y su primer "tú eres". Si los padres no hubieran saludado primero y hubieran continuado saludando *en vano*, ¿qué podría haber pasado? O mejor dicho: ¿qué no hubiera pasado? El primer "yo soy" y "tú eres" se produce, como toda sonrisa, alrededor de la boca, es decir la puerta del cuerpo, por donde entra desde el principio el aire y, inmediatamente después, la leche; en resumen: la vida. La vida y la sonrisa siempre han convivido en la misma casa. No dejes que el hombre separe lo que Dios ha unido.

No en vano una de las letras más conmovedoras del siglo XX italiano comienza con «Pienso en tu sonrisa». En el primer verso del poema no se lee "Pienso en tu sonrisa", en alusión a una operación mnemotécnica, sino "Pienso en tu sonrisa", como si esa expresión facial fuera objeto de reflexión,

un tema de recogida. meditación, razonamiento y evaluación. En definitiva, la sonrisa hace pensar. Entre muchas otras cosas, con lógica poética, el texto de Eugenio Montale sostiene que sonreír es algo serio. De hecho, es una de las fuentes de la humanidad del hombre y el ABC del saludo. Con todo el respeto a Descartes, puedo decir "yo soy" no es porque "pienso", sino porque desde el principio me saludaron y me devolvieron el saludo. Por ello el director Robert Zemeckis, en la película *Náufrago* (2000), cuenta cómo la sonrisa es el gesto necesario y suficiente para indicar la humanidad del hombre. Debido a un accidente aéreo, Chuck Nolan, funcionario de una famosa compañía naviera, se encuentra en un atolón deshabitado, perdido en medio del océano. Sobrevive gracias a algunos suministros y herramientas, restos del avión, regurgitados por el océano en la playa del islote. Entre estas cosas, encuentra una pelota de voleibol. Con su propia sangre dibuja los rasgos de un rostro en la pelota, donde destaca una sonrisa. A partir de ese momento la pelota pasa a ser Wilson y será el único interlocutor de Chuck durante los cuatro años de soledad. Confía en él, discute, se reconcilia, bromea; llora por él, desgarrado de dolor, cuando, abandonando el atolón en una balsa, Wilson acaba en el mar y la deriva hace el peligroso intento de recuperarlo en vano. La sonrisa transustancia algo en una persona. ¿Qué significará su perpetua ausencia de un rostro?

La sonrisa recibida desde el inicio de la vida e intercambiada al saludar de adultos demuestra interés y deseo de paz. De forma aislada, cuidar de alguien puede desatar violencia e injusticia. Con la sonrisa, si no es artificial ni falsa, el cuerpo invita al otro a desarmarse, ya que fue el primero en deponer las armas. De hecho, con una sonrisa se muestran las armas más poderosas y letales de los mamíferos: los dientes, el agarre mortal que captura, hiere y despedaza a presas y enemigos. Los músculos más fuertes del cuerpo humano son los maseteros, protagonistas de la apertura y oclusión de la mandíbula. Los creadores de la trituración ejercen una fuerza de unos 100 kilogramos. Algunas de las pinturas de Francis Bacon transmiten de manera inquietante la violencia anhelante y angustiada de la boca y los dientes. En la relajación de la sonrisa se desactiva una energía potencialmente mortal, iniciando una negociación de paz. No es posible morderlo y sonreír al mismo tiempo. Por supuesto, hay tantos tipos de sonrisas como adjetivos en los diccionarios. En cualquier caso, cuando la sonrisa reverbera el afecto emocional sentido al comienzo de la vida no expresa otra cosa que el cándido placer de existir, el placer de que el otro existe y por tanto es el intrépido oponente de la nada.

Con excepción del solemne saludo que los antiguos poetas dirigían a Virgilio, de paso por el Limbo, en el Infierno de Dante ni se saluda ni se sonríe. Llegado al Purgatorio, el florentino regresa no sólo "para volver a ver las estrellas", sino también los saludos y las sonrisas. Con luz, la sonrisa es la principal característica del Paraíso según Dante. Todo y todos están sonriendo allí. En el Cielo sonríen los hombres y mujeres santos, los planetas y los cielos, el universo entero. El Dios de Dante se parece a una madre que enciende la primera sonrisa en su criatura y consigue hacerla sonreír de nuevo, incluso después de las muy tristes lágrimas de la muerte. ¡Qué poder!

Según algunos estudiosos, otros componentes del saludo (el beso y el apretón de manos) también forman parte de los gestos infantiles. El beso, de hecho, tendría un origen alimentario. En la antigüedad, durante el destete, las madres masticaban previamente los alimentos, facilitando al bebé su ingesta y digestión. A través de su lengua y labios la mujer pasaba la comida que previamente había triturado directamente a la boca del niño. Asimismo, el beso en las mejillas, acompañado del movimiento lateral de la cabeza, recuerda el gesto que realiza el infante en busca del pecho materno. Finalmente, el apretón de manos evoca la mano extendida del padre y de la madre que sostienen al niño en sus primeros pasos inciertos y le muestran cercanía y cariño cuando, ya mayor, lo acompañan de la mano. Si así fuera, muchos de los elementos comunes a todo saludo recuperarían el encuentro de quienes saludan o se despiden de las promesas de cariño fiel que los padres, el hogar

y las cosas hicieron a cada niño y niña en el origen del saludo. sus vidas. Los gestos de saludo (incluido el de los maoríes que se tocan simultáneamente la frente y la nariz) serían una inmersión diaria, repetida varias veces al día, en las promesas recibidas durante la infancia, un estímulo y un compromiso mutuos para que estas promesas se cumplan.

El saludo es el ofrecimiento preliminar de uno mismo , la entrada en la vida del otro. Ganamos credibilidad ante el interlocutor a través de gestos primordiales (la mirada, la sonrisa, la mano extendida...), fomentando el recuerdo de una infancia compartida. De esta manera se reaviva una familiaridad latente e inmemorial, que precede a cualquier iniciativa consciente. Como si dijera: aunque no nos conocemos, hablamos el mismo idioma o, mejor, como diría Marcel Jousse , la misma " corporación ", aprendida al principio de nuestras vidas. El saludo nos precede a ambos y así nos une. Cuando nos despedimos, por tanto, *ya nos encontramos. al saludar* , por lo tanto somos capaces de saludar. Esto es aún más evidente cuando se encuentran personas de diferentes lenguas y culturas, caracterizadas también por claras diferencias gestuales en el saludo: no entienden las palabras del otro y quizás se sorprenden por la extrañeza de los gestos; sin embargo, cada uno siente que el otro está saludando.

Nos despedimos porque nos sentimos unidos por algo y en vista del potencial desarrollo de lo que ya queda atrás. De hecho, quien saluda indaga en la posibilidad del inicio de una relación, ya sea instantánea o duradera. Si este interés e intención faltaran por completo, incluso el simple "Buenos días" sería una *metedura de pata* . Quien saluda primero, especialmente en un encuentro inédito o en un intento de mejorar una relación, se expone a la variedad de reacciones de quienes son saludados, aceptando el riesgo de ser rechazados, quizás muy amablemente. Saludar primero es una expresión primordial y cotidiana de valentía, que es "el principio de todo". La valentía es un impulso primario y fundador, en el que se basa la fidelidad, es decir, la virtud de la continuación. Sin coraje, no hay acción, no hay relación, no hay lealtad.

Entre los retos más complejos y apasionantes de un niño se encuentra el primer paseo en bicicleta, sin el tranquilizador apoyo de las ruedas traseras. Junto con las dos ruedas más grandes, garantizan cuatro puntos de apoyo y una estabilidad total, pero hacen que el vehículo se parezca más a un triciclo infantil y torpe que a una bicicleta elegante y rápida. Antes de pedalear sobre dos ruedas, a veces conviene dar un paso intermedio: mantener al menos una rueda trasera. Así el pequeño podrá experimentar el equilibrio inestable de la bicicleta y, si es necesario, contar con un tercer soporte cómodo. Sin embargo, tarde o temprano llega el momento de abandonar incluso esta última seguridad. Por supuesto, las etapas anteriores han preparado al niño para esta cita, pero andar sobre dos ruedas es una experiencia de otro orden; Otra cosa muy distinta. Son muchas las acciones que se requieren: pedalear, controlar el manillar y los frenos, mirar hacia adelante, estudiar la superficie de la carretera, evitar obstáculos de todo tipo y, por supuesto, mantener el equilibrio. Todo lo que hay que hacer al mismo tiempo. Además de esto, el pequeño que se sube por primera vez a la bicicleta tiene que aguantar las sacrosantas recomendaciones de sus padres: "¡Cuidado!", "¡No vayas rápido!", "¡Pedalea!", " ¡Mira por dónde vas!", "¡Levanta la cabeza!", "¡No mires al volante!", "Acelera", "¡Frena!", "¡No frenes!". Cosas que te harán querer andar en bicicleta. A esto se suma el comprensible miedo a caer. El miedo lleva a una prudencia excesiva, quizás apoyada en pensamientos demasiado meticulosos. Si el niño organizara mentalmente la secuencia de acciones a realizar, enumerándolas y clasificándolas en un orden preciso, se asustaría aún más. Si quisiera predecir cada movimiento y todas las variables de un acto tan complejo, pospondría el primer pedaleo indefinidamente, hasta el día imposible en que lo tendrá todo bajo control. Al afirmar que está seguro del éxito antes de actuar, nunca actuará. En este caso, la insistencia de los padres en la facilidad de ejecución es inútil. Incluso una demostración física razonada del efecto giroscópico, que garantiza el equilibrio de la bicicleta, es inútil. El niño sigue estancado; ni sus silogismos ni los

ajenos le convencen. Sin embargo, nadie puede ocupar su lugar; el pequeño se enfrenta a su irremplazable unicidad: depende de él, de nadie más.

¿Qué convierte tu deseo de andar en bicicleta en tu primer viaje real? ¿Qué construye un puente sin pilares a través del oscuro vacío del miedo, la indecisión y las coartadas cobardes? La valentía que es el ABC de la esperanza. Se afirma y se impone, no sabemos cómo, no sabemos dónde, ese "no sé qué", el *fiat lux* del coraje. En el caos del alma, inmóvil aunque agitada por vacilaciones y excusas, irrumpe una decisión inaugural aguda, drástica e ineluctable que, protestando contra la inercia de una conciencia demasiado consciente, demasiado lúcida, calculadora y profética, crea algo nuevo. Al no gustarle los lujos (ni mentales ni emocionales), el coraje va directo al grano; apunta a lo necesario, evitando todo lo que disipe la fuerza de impacto de la decisión inaugural. Por eso el coraje se parece a la pobreza, la virtud que ve lo superfluo como una pérdida indecente de tiempo y energía. «Bienaventurados los pobres de espíritu»... porque generalmente les sobra valor. ¿Quieres ver que, táchalo, debajo de los que se acumulan hay una persona sin coraje?

Impulsado por la premonición del éxito y la voluntad de caer, rompiéndose los huesos, el niño desencadena el fuego sagrado, mucho más misterioso que la química que lo produce. El coraje no lo transforma en el aventurero imprudente que juega con el miedo y la muerte para maquillarse o recibir un shock antidepressivo. En todo caso, lo hace aventurero: alguien que arriesga su vida en nombre de la vida. Y aquí está el comienzo, la inauguración de una nueva era en la vida del pequeño. Hay un antes y un después de ese pedaleo. Como el antes y el después de la creación de la luz.

La bicicleta es una cosa curiosa: paradójicamente, su estabilidad se logra mediante la dinámica. Cuanto más pedaleas y te mueves, más estable y equilibrado eres; si te quedas quieto, te caes. Así que después del primer pedaleo debe venir el segundo, el tercero, el cuarto y así sucesivamente.... El movimiento es regular, un círculo perfecto trazado por cada pie, pero andar en bicicleta exige una adaptación continua a las anomalías del asfalto, a los peatones y coches que se cruzan bruscamente, a la alternancia de curvas, rectas, contracurvas (la mejor manera de salirse de la carretera es ir siempre recto!). Esto significa que para ser fiel al primer golpe de pedal, es necesaria una larga serie de nuevos y pequeños reinicios de valentía. Vladimir Jankélévitch diría: «el coraje no es sólo el dolor de la primera decisión, sino un estado», la continuación paciente y fiel del comienzo, del primer pedaleo. Si un acto de valentía no generara una persona valiente sería sólo un caso fortuito, un episodio accidental. El coraje es tan milagroso que exige lealtad. Después de todo, es bien sabido: permanecer fiel requiere valentía.

Quien saluda primero no se da una coartada, no se deja llevar por los cálculos, no se enreda en la interminable enumeración de pros y contras, sino que se desequilibra hacia el vacío, solucionando todos los problemas posibles de ese saludo, *saludando*. Quien saluda primero no dosifica, sino que lo arriesga todo con apertura de espíritu. En este sentido, el primer saludo tiene también una dimensión sacrificial, además de creativa: para inaugurar algo nuevo no se escatiman gastos. Con expresión áspera y magnífica, Jankélévitch afirma que «el diablo no puede hacernos daño, pero sí puede asustarnos. El diablo muere por nuestra inocencia y nuestro coraje " ⁱ. Nos asusta apagar nuestro coraje. Quizás quiera que seamos imprudentes, imprudentes, pero no valientes, porque en la valentía brilla la imagen y semejanza de Dios; como en el gesto absurdo de los padres que siguen mirando a quien no mira, sonriendo a quien no sonríe, o en el pedaleo inicial del niño, o en el desequilibrio del primer saludo. De hecho, Dios es el Valiente, porque, *siempre*, en su libertad decidió existir, exponiéndose a la inmensa e inerte oscuridad de la nada. Si Dios es realmente infinitamente libre – argumenta con un toque conmovedor y místico el filósofo italiano Luigi Pareyson – paradójicamente, podría incluso haber decidido no existir, permaneciendo en la confusión estática de la nada, donde todo es posible, pero nada toma forma. Sin embargo, *siempre*, con un destello repentino, a pesar de poder negarse a sí misma, la libertad de Dios se afirma con

audacia : "Yo soy", "una operación enorme y terrible" ⁱⁱ, el primer acto de valentía que se levanta contra lo informe y estéril. cobardía de nada. De esa decisión original y eterna se desprende que existir es algo bueno. Por eso, Dios *siempre ha* querido ser Padre, dando existencia a otro, al Hijo, por quien "todas las cosas fueron creadas" (Col 1,16). "En el principio fue coraje" y nada ni nadie hubiera sucedido sin él. Una piedra, una hoja, un lobo, un delfín, una estrella, el viento, un hombre y una mujer, un niño son signos de la eterna valentía de Dios.

Quien saluda primero es valiente, porque no teme volverse dependiente de su interlocutor: ¿responderá? ¿Se negará? Además, es valiente porque no se avergüenza de parecer necesitado. De hecho, no oculta su necesidad de reconocimiento y confirmación, sino que la expresa sin miedo. En el saludo vibran tanto la generosidad de quien se ofrece como la necesidad de ser aceptado. Al fin y al cabo, el necesitado expresa al mismo tiempo su carencia y la bondad de lo que necesita; como el hambre que dice al mismo tiempo: "el estómago está vacío y el pan es bueno".

Quien saluda primero se expone al otro y al mismo tiempo se impone. De hecho, el primer saludo es una intrusión que sacude el estado afectivo, el fluir de los pensamientos, el ritmo de las intenciones o, más simplemente, la acción del otro. Incluso a quienes responden al saludo no les falta valor, ya que aceptan abandonar la coraza homeostática del momento vivido, adoptando una nueva posición. Quien reacciona al saludo se siente incómodo, en el sentido literal del término: abandona el consuelo de su propia experiencia. Esto sucede incluso si decide no contestar "Buenos días" y continúa su camino; en cualquier caso, el hechizo de su estado de ánimo se rompe y tiene que recoger los pedazos. Si quien saluda primero tiene el valor de tomar la iniciativa, quien responde tiene el valor de dejarse molestar. Ninguno de los dos volverá a ser el mismo. En definitiva, el *fiat* corresponde al *fiat lux del primer saludo. voluntas tua* de quienes responden. Es difícil que no suceda algo milagroso en el encuentro de estos dos *fiats* .

Estamos en una época en la que saludamos menos; algunos dicen que también por culpa del Covid. Son pocos los que saludan en la carretera, en el tren, en la tienda... incluso al entrar o salir de una iglesia. Incluso el mero atisbo de una sonrisa o el intercambio de miradas son raros. ¿Es éste un momento de desánimo? ¡Coraje!

En el primer encuentro, los saludos inauguran un nuevo vínculo. Una vez establecida la relación, tienen sobre todo la función de confirmarla, a través de una "deuda gestual" mutua, proporcional al tiempo de separación de quienes ahora se reencuentran. Cuanto mayor es la distancia, más cálido es el saludo, casi como para recuperar el tiempo perdido. La necesidad de saludar de los niños es emblemática: saludan con mucha más frecuencia que los adultos, tal vez con sólo una sonrisa. Esto se debe a la necesidad de una confirmación continua del afecto de los padres y de quienes los cuidan. Asimismo, en todas las edades, la incierta reanudación de los saludos después de una discusión asegura la persistencia de la relación, a pesar del choque que se ha producido. Por el contrario, retirar el saludo equivale a una decisión firme y seria de romper definitivamente una relación, privándola incluso de antemano de la más simple posibilidad de recomposición.

¿Por qué sentimos la necesidad de confirmar vínculos ya estables e incluso íntimos mediante la repetición del saludo? No creo que sea sólo una búsqueda genérica de seguridad. Más bien, es un signo del reconocimiento inconsciente de esa novedad que la vida produce cada día. Por supuesto, la mujer a la que le digo "Hola" esta noche, "Bienvenido de nuevo", es la misma a la que le dije "Que tengas un buen día" esta mañana, cuando salió de casa; y ella es la misma con la que me casé hace casi diez años. Sin embargo, las horas de vida transcurridas desde el saludo matutino han producido en ella un nuevo toque, un nuevo matiz, debido a las experiencias de hoy. Bueno, ¿esta mujer, conocida y desconocida, todavía está dispuesta a vivir conmigo? Aquí el saludo renovado verifica la posibilidad de la continuación del antiguo vínculo, ahora dotado de gradaciones

inesperadas. Por eso, incluso los saludos típicos de una relación duradera siempre inauguran algo nuevo. Son los centinelas de la novedad y sus guardianes.

Los saludos confirman el vínculo sobre todo en el momento de la despedida, volviéndose particularmente cálidos, casi como si quisieran compensar la distancia, compensando el vacío de la ausencia. Prometen la permanencia del vínculo a pesar de la separación. Es indicativa la especial despedida diaria de los padres a sus hijos, poco antes de acostarse. La oscuridad y la típica pérdida de control durante el sueño hacen que la separación nocturna sea aterradora a los ojos de los más pequeños. Temiendo que la noche rompa el vínculo con su padre y su madre, exigen un saludo más duradero y eficaz. Aquí está entonces el interminable "Buenas noches", compuesto también de canciones de cuna y cuentos de hadas, ya escuchado quién sabe cuántas veces. El "buenos días" de la nueva mañana sanará la oscura fractura de la noche, cumpliendo la promesa hecha antes de conciliar el sueño.

Al predecir de manera realista que una reunión será la última, el despido se vuelve casi permanente. En este caso, al menos en las lenguas romances, el saludo hace referencia explícita a Dios, como si fuera el Señor de los encuentros y de su destino; casi como si la permanencia de un vínculo a pesar de la separación definitiva estuviera garantizada por Dios, quien sería el encargado de preparar el lugar para un futuro, esperado e inimaginable reencuentro. Por tanto: "Ad-Dio", "A- Dieu ", "A-Diós ". Incluso en las despedidas temporales, a menudo se evoca e invoca a Dios. Sólo unos pocos ejemplos de un fenómeno lingüísticamente extendido en todo el mundo: "Dios te bendiga", " Dios bendecido tú "; así como en la que probablemente sea la despedida más difundida: "Goodbye" y sus abreviaturas "Bye bye", "Bye", derivadas del inglés antiguo y medio "God by ye" : " God be with you". Asimismo en el idioma *Moore* . del pueblo Mõose , en Burkina Faso: " Wënd n / A maneg f sore": "Dios bendiga tu camino". También se recuerda a Dios en algunos saludos iniciales; sólo un par de ejemplos: el gaélico "Dia Dut ", "God be with you" o el alemán " Grüß " Gott ", "Dios te bendiga, Dios te salude". En definitiva, parece que lo que sucede durante los saludos está tan cargado de significado que es bueno involucrar a Dios, ¿o está lleno de significado porque, encubierto, Dios ya está involucrado?

Si al despedirnos esperamos reciprocidad y confirmación, visitar al difunto para despedirnos de él es una de las paradojas humanas más elocuentes. ¿Por qué vas a saludar a alguien que seguramente no responderá? ¿Por qué visitamos, besamos y acariciamos a quienes nunca más podrán devolver el saludo? ¿Por qué, a pesar de tener absoluta certeza sobre la incapacidad de los muertos para corresponder, se realizan tales gestos? ¿Insensatez? ¿Locura? ¿O coraje? Quizás el mismo coraje que tuvieron nuestros padres cuando nos saludaron nada más nacer, aunque sabían que no recibirían respuesta. La misma valentía que sentimos cuando, ya adultos, saludamos a los recién nacidos, sin poder todavía mirarnos y sonreírnos. ¿De dónde surge esta decisión que rompe las pedantes vacilaciones de la lógica y del sentido común? La vida de un hombre y de una mujer está tensa entre dos saludos imposibles: el saludo que recibimos nada más nacer y el saludo que recibimos nada más morir. Estos dos regalos se transforman para nosotros en el deber de acoger a su vez a quienes nacen y en el compromiso de decir adiós a quienes mueren. El saludo al principio y al final de la vida son demasiado parecidos para no estar relacionados: si en la despedida del difunto vibra el mismo coraje que animaba las miradas y sonrisas dirigidas al niño, qué se espera de este muerto ? ¿Qué esperamos de este muerto? Ciertamente Cristo espera mucho de los muertos y por los muertos, hasta el punto de que les dirige palabras, como si pudieran oír, y manda, como si pudieran obedecer. Esto es lo que hizo con la niña fallecida - «Niña, te digo: ¡levántate!» (Mc 5,41) -, con el hijo de la viuda - «Muchacho, te digo: ¡levántate!» (Lc 7,15)-, con su amigo: «¡Lázaro, sal fuera!» (Jn 11,43). Los humanos no nos damos cuenta del coraje que tenemos al saludar a los muertos; de la esperanza que tenemos al despedirnos de los muertos; somos como padres que dicen "buenas noches" a sus

hijos. Saludando a los muertos, lanzamos nuestro corazón más allá de la noche, más allá de la muerte. Este gesto es tan importante que en todas las culturas y en cada época existen ritos de saludo a los muertos; incluso en contextos no religiosos o incluso antirreligiosos.

El rito funerario cristiano es explícito. Al finalizar la celebración de la Misa, se llega al momento llamado “Última recomendación y despedida”, donde se anima a la asamblea y se saluda al difunto.

Uno se pregunta: ¿qué puede hacer un saludo? ¿Cuanto puede costar un saludo? El evangelio de Lucas está particularmente interesado en esta cuestión. Quién sabe qué estaba haciendo María cuando el ángel Gabriel irrumpió en su vida. En cualquier caso, el saludo del ángel "perturba" a la niña que comienza a hacerse preguntas. Lo que la sacude y la interroga no es tanto la aparición de un ángel -no la molesta en absoluto- sino su saludo (Lc 1,26-38). La inimaginable majestuosidad del mensaje de Gabriel deja al lector sin aliento, corriendo el riesgo de relegar a un segundo plano un detalle precioso: el primer acto del ángel, y por tanto del mismo Dios, es saludable. Dios también se revela como aquel que saluda... y saluda primero. En cualquier caso, antes de transmitir un mensaje, Gabriele le saluda. Dije que quien saluda primero se vuelve dependiente de la persona que es saludada: ¿le corresponderá o, indiferente y molesto, rechazará la oferta? En cualquier caso, hay un “antes” y un “después” de ese gesto; los que saludan ya no serán los que eran. Y esto también se aplica a Dios: al saludarla, Dios considera a la muchacha de Nazaret coprotagonista del acontecimiento, hasta el punto de que está en sus manos la continuación del encuentro. Gabriel saluda usando el imperativo del verbo griego *chairein*, que significa “alegraos”. Esta es una forma muy común y cotidiana de saludar; frecuente en la literatura griega y también utilizado en el Nuevo Testamento. Incluso Judas lo utiliza, poco antes de besar a Jesús: "Ave, Rabí", literalmente: "Alégrate, Rabí" (Mt 26,49). Algunos estudiosos insisten en interpretar el "alegre" dirigido a María a la luz de algunas profecías antiguas, donde la invitación a alegrarse se dirigía a Jerusalén a la que se anunciaba la inminente liberación por parte de Dios (Sof 3,14, Zac 9,9 y Lam 4, 21). Por lo tanto el ángel saludaría a María como la Ciudad Santa finalmente visitada por el Salvador. Incluso si otros comentaristas piden cautela, la similitud con esas profecías es sorprendente. Sin embargo, sorprende el principal argumento esgrimido por los partidarios de la interpretación profética: si no fuera así, el saludo de Gabriel sonaría más o menos como "Buenos días" o "Buenas noches", resultando extremadamente "trivial" en comparación con la relevancia de la Anunciación. En definitiva, lo que sucede en Nazaret es demasiado importante para un "buenos días" común, por lo que el saludo del ángel debe tener un significado más profundo. Pero ¿por qué lo que es común debería ser trivial? Ciertamente Jesús no es de esta opinión. De hecho, al anunciar la presencia activa de Dios en la historia, el Reino de los cielos, lo ve en las realidades más comunes y cotidianas de la vida. No sólo eso, para él el saludo es el primer paso de la evangelización, del anuncio: «En cualquier casa en la que entréis, decid primero: “Paz a esta casa”» (Lc 10,5); es decir: “di *shalom*”, “saludar”. Cristo pide saludar, y saludar primero, como hizo su madre al entrar en casa de Zacarías (Lc 1,40). Luca se centra en los detalles, sin considerarlos triviales en absoluto. Hasta tal punto que la acción de María, de por sí ordinaria, provoca en realidad una onda expansiva que el evangelista se complace en narrar: «Cuando Isabel escuchó el saludo de María, el niño saltó en su seno. Isabel quedó llena del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Por qué tengo que venir a mí la madre de mi Señor?” (Lucas 1:41-43). El saludo de María hace resonar todo el cuerpo de Isabel, hasta llegar a su seno, habitado por el Bautista. A su vez, el cuerpo del pequeño resuena saltando de alegría. No sólo eso: el saludo produce la irrupción del Espíritu Santo en la anciana que inmediatamente toma conciencia del embarazo de María, definida como "madre de mi Señor". ¡Nada mal para un gesto cotidiano!

Miren adónde hemos llegado a partir de la experiencia común del saludo: al misterio de la Encarnación, al estilo de evangelización.

Hace unos diez años, el mundo sonrió ante las primeras palabras del recién elegido Papa Francisco: "Hermanos y hermanas, buenas noches". Un gesto sencillo, lleno de significado y de esperanza, capaz de reunir en una plaza a toda la humanidad (cristianos y no cristianos , creyentes y no creyentes). Un debut aparentemente inusual; en realidad no es tan nuevo. De hecho, una tarde, hace unos dos mil años, un judío fue a visitar a sus amigos. Inesperadamente, llegó a la casa y saludó como lo hacen todos los judíos: "¡Shalom!". Dado el tiempo, fue como si hubiera dicho: "¡Una tarde llena de paz!", "¡Buenas noches!" (Jn 20,19). Ese judío acababa de resucitar de entre los muertos. ¡Seguro que estuvo buena esa noche!

* Secretaria del Dicasterio para la Cultura y la Educación

ⁱV. JANKELEVITCH , Les vertus et l'amour . Traité des vertus , II, volumen 1, Flammarion, París 1986, 138.

ⁱⁱ L. PAREYSON , Filosofía de la libertad , II Melangolo, Génova 1990 , 27 .